

Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica : lo secreto y lo escondido en la narración y el recuerdo	Título
Betancourt Echeverry, Darío - Autor/a;	Autor(es)
La práctica investigativa en ciencias sociales	En:
Bogotá	Lugar
UPN, Universidad Pedagógica Nacional	Editorial/Editor
2004	Fecha
	Colección
Memoria; Historias de vida; Ciencias sociales; Investigación social; Métodos de investigación; Metodología; Historia social; Entrevistas;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org/Colombia/dcs-upn/20121130052459/memoria.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar





Memoria individual,
memoria colectiva
y memoria histórica.

Lo secreto y lo escondido
en la narración y el recuerdo



Darío Betancourt Echeverry
Profesor Universidad Pedagógica Nacional
(† 1999)

Pienso que andamos siempre a la caza de algo escondido o sólo potencia o hipotético, cuyas huellas, que asoman a la superficie del suelo, seguimos. Creo que nuestros mecanismos mentales primarios se repiten, desde el Paleolítico de nuestros padres cazadores y recolectores de frutos a través de todas las cultura de la historia humana. La palabra une la huella visible de la cosa invisible, con la cosa ausente, con la cosa deseada o temida, como un frágil puente improvisado tendido sobre el vacío.

Ítalo Calvino

Todos tenemos imágenes y recuerdos abstractos que son difíciles de encuadrar en recuerdos reales o vividos; muchas veces nos encontramos en un lugar, y los objetos, la distribución del espacio, etc., nos produce la sensación de que ya hemos estado allí. Pero hay siempre una serie de imágenes abstractas (en el tiempo y en el espacio), que difícilmente corresponden con los recuerdos vividos.

¿Cuáles son, pues, los roles necesarios para conservar completos nuestros recuerdos y las condiciones en que reposan y son evocados por nuestro espíritu?

No es suficiente que se participe de una reunión con otras personas para que más tarde, cuando alguien evoque delante de uno esas viejas acciones, de repente se transformen en recuerdo. Es verdad que tales imágenes que nos son impuestas por nuestro medio modifican la impresión que habíamos guardado de un hecho pasado o de una persona conocida. Es posible que dichas imágenes reproduzcan inexactamente lo pasado y que los recuerdos aparecidos de repente y que se encuentran delante de nuestro espíritu muestren una expresión exacta, y a los recuerdos reales se añade así una masa de recuerdos ficticios; pero inversamente, es posible que los testimonios de otros sean exactos y que ellos corrijan y completen mis recuerdos, al mismo tiempo que ellos se vayan incorporando a los nuestros, pues en uno y otro caso nuestra memoria no opera como una *tabula rasa*, de tal manera que los testimonios de los otros son impulsados a reconstruir nuestros recuerdos.

De una u otra manera se nos presenta aquí una mezcla de lo que podríamos llamar memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica. La memoria está, pues, íntimamente ligada al tiempo, pero concebido éste no como el medio homogéneo y uniforme donde se desarrollan todos los fenómenos humanos, sino que incluye los espacios de la experiencia.

La memoria individual existe, pero ella se enraíza dentro de los marcos de la simultaneidad y la contingencia. La rememoración personal se sitúa en un cruce de relaciones de solidaridades múltiples en las que estamos conectados. Nada se escapa a la trama sincrónica de la existencia social actual, y es de la combinación de estos diversos elementos que puede emerger lo que llamaremos recuerdos, que uno traduce en lenguaje.

La conciencia no es jamás cerrada sobre ella misma, no es solitaria. Nosotros estamos en direcciones múltiples, como si los recuerdos se situaran en un punto de señal o de mira, que nos permite ubicarnos en medio de la variación continua de los marcos sociales y de la experiencia colectiva histórica. Es lo que tal vez explica por qué en los periodos de calma o de fijación momentánea de las estructuras sociales, los recuerdos colectivos son menos importantes que dentro de los periodos de tensión o de crisis.

El recuerdo se sitúa así como la frontera, como el límite, en la intersección de varias corrientes del pensamiento colectivo, hasta el punto que nos resistimos a remover (traer) los recuerdos, los eventos que nos conciernen sólo a nosotros.

La obra de Halbwachs (1968) nos ayuda a situar los hechos personales de la memoria, la sucesión de eventos individuales, los que resultan de las relaciones que nosotros establecemos con los grupos en que nos movemos y las relaciones que se establecen entre dichos grupos, estableciéndose así una distinción, como en seguida veremos:

- Memoria histórica: supone la reconstrucción de los datos proporcionados por el presente de la vida social y proyectada sobre el pasado reinventado.
- Memoria colectiva: es la que recompone mágicamente el pasado, y cuyos recuerdos se remiten a la experiencia que una comunidad o un grupo pueden legar a un individuo o grupos de individuos.

Dentro de estas dos direcciones de la conciencia colectiva e individual se desarrolla otra forma de memoria:

- Memoria individual: en tanto que ésta se opone (enfrenta) a la memoria colectiva, es una condición necesaria y suficiente para llamar al reconocimiento de los recuerdos. Nuestra memoria se ayuda de otras, pero no es suficiente que ellas nos aporten testimonios.

Creemos que la memoria individual, la memoria colectiva y la memoria histórica se construyen desde la experiencia. En este sentido nos apoyamos en la noción de experiencia, a partir de la tradición y la costumbre desarrollada por E. P. Thompson³².

En efecto, para él en los procesos de construcción de la conciencia representa un papel muy significativo la noción de experiencia, en sus dos momentos fundamentales: la experiencia vivida y la experiencia percibida. La primera involucra aquellos conocimientos históricos sociales y culturales que los individuos, los grupos sociales o las clases ganan, aprehenden al vivir su vida, elementos que se constituyen en los nutrientes de sus reacciones mentales y emociones frente al acontecimiento. De otra parte, la experiencia percibida comprende los elementos históricos, sociales y culturales que los hombres, los grupos, las clases, toman del discurso religioso, político, filosófico de los medios, de los textos, de los distintos mensajes culturales, en una palabra, del conocimiento formalizado e históricamente producido y acumulado.

La experiencia surge “espontáneamente” en el ser social, pero ella no brota sin pensamiento; surge porque los hombres son racionales, piensan y reflexionan sobre lo que les acontece a ellos y a su mundo; dentro del ser social se produce una serie de cambios que dan lugar a la experiencia transformada; dicha experiencia produce presiones sobre la conciencia social, generando nuevos y mejores cuestionamientos (Thompson, 1981: 16-65).

De otra parte, es bueno dejar de lado los planteamientos de Dubet, que al estudiar la experiencia social en acción, nos dice que la noción más común de experiencia es ambigua y vaga, fundamentalmente porque evoca dos fenómenos contradictorios que de todas formas vale la pena ligar.

En primer término, la experiencia es una manera de comprobar, de ser invadido por un estado emocional suficientemente fuerte, de tal manera que el actor no se pertenece verdaderamente, pudiendo entonces descubrir una subjetividad personal. De esta manera permanentemente se habla de experiencia estética, amorosa, religiosa, etc., pero esta representación de lo “vivido” es también ambivalente: de un parte, aparece como total individual hasta el extremo de “inefable”, “misteriosa” e “irracional”, manifestación romántica del “ser” único y de su historia particular. De otro lado, la experiencia puede ser

³² Entre sus diversas obras encontramos:

E. P. Thompson *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981, pp. 16-22.

– *Costumbres en común*. Londres, Merlin, 1991.

– *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica, 1989.

– *Tradicción, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica, 1980.

En el mismo sentido, puede verse: Romero, L. “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”, en *Revista Proposiciones*, N.º 19, Santiago de Chile, Ediciones Sur, 1990.

Walter Benjamin. *Para un crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid, 1991.

concebida como el recubrimiento de la conciencia individual por la sociedad, como este “trance” original de lo social del que hablaban Durkheim y Weber, en el que el individuo olvida su yo por fundirse en una emoción común, aquella de “gran ser” que no es más que la sociedad percibida como una emoción, o aquella del amor engendrado por la emoción carismática.

A esta representación emocional de la experiencia se yuxtapone un segundo sentido: la experiencia es una actividad cognitiva; es una manera de construir lo real y sobre todo de “verificarlo”, de “experimentarlo”. La experiencia construye los fenómenos a partir de las categorías del entendimiento y la razón.

Evidentemente, para el sociólogo, estas categorías son ante todo sociales, son unas “formas” de construcción de la realidad. Desde este punto de vista la experiencia social deja de ser una “esponja”, una manera de incorporar el mundo a través de emociones y sensaciones, para tornarse en una manera de construir el mundo (Dubet, 1994: 93).

Ahora bien, algunos investigadores, como Philippe Ariès (1993), plantean que la historia se compone de dos esferas, la esfera de lo visible y la esfera de lo invisible. En la primera, se tiene en cuenta la historia del Estado, de la política, del derecho, del mercado económico, de las relaciones sociales, de los discursos lógicos, de la escritura, de la ideología, de la cultura erudita, del dominio de la conciencia clara, mientras la segunda, ignorada hasta hace poco por los historiadores, se había constituido en un espacio de médicos y psicólogos. Ésta hace relación al inconsciente colectivo, al espacio de la naturaleza y la cultura, entre lo biológico y lo mental.

Nos sitúa, pues, en el complejo campo de lo escondido, de lo secreto en los recuerdos de la memoria, para referirse a ese espacio velado, nublado y confuso, al que nos encontramos cuando tratamos de vivir un recuerdo. Es, pues, la esfera de lo invisible, lo velado y lo escondido, lo oculto de nuestros recuerdos, lo que Michel Vovelle ha dado en denominar el inconsciente colectivo. Un sistema, al decir de Ariès, que reúne tres características:

- a. Coherencia por un periodo dado.
- b. De representaciones comunes a toda la sociedad.
- c. Que no se expresa porque se concibe no consciente, y cuando se torna muy consciente los recuerdos son a toda hora considerados como de naturaleza inmutable, misteriosa y extraña que escapan a la influencia humana (Ariès, 1993: 35).

Entrevistas y relatos

Ahora bien, una serie de charlas, conversaciones, diálogos, narraciones y entrevistas realizadas entre 1990 y 1995, con diversos personajes de poblaciones

de la cordillera Occidental del Valle del Cauca, en el marco de una investigación de largo aliento sobre las organizaciones de tipo mafioso, modernización violenta y criminalidad enriquecedora 1965-1997, despertaron algunas reflexiones sobre las relaciones existentes entre recuerdos, relatos, experiencias e historia. Nos vamos a referir tan sólo a algunos apartes de dichos relatos, para develar algunos de los aspectos velados y escondidos de los recuerdos que se han tratado de esbozar en la primera parte. Veamos un fragmento del relato de “Pecas”:

Vea, esto es una organización muy compleja que maneja mucho billete y que para uno entrar en ella se necesita que lo enganchen a través de alguien de mucha confianza, ojalá mediante un “traqueto” que apenas esté empezando, para que uno logre ganarse la amistad, para que le suelten a uno trabajitos, misiones, etc. Alguno de los trabajos puede ser directamente sobre asuntos de narco un oficio bien, como para pintar una casa, cuidar una finca, etc. Entre otras cosas, la semana pasada estuve cuidando una quinta del patrón en el lago Calima...³³.

Se advierte cómo el narrador cuenta la historia de manera impersonal, para recaer luego sobre su propia experiencia. Sin embargo, aquí lo impersonal no es más que la experiencia yuxtapuesta de lo que el narrador conoce; es su memoria individual relatada, a partir de los saberes de su medio, como memoria colectiva. Veamos ahora elementos del relato de “El Mono”. En ellos la memoria individual atrae lo colectivo a través de comparaciones, sin que esto lo aleje de su propia experiencia:

Y pensar que ahora me encuentro aquí de cuidandero en una casa de los Urdinola, achacado y enfermo. Hasta hace unos dos años nos reuníamos en bares y cafés de La Unión, Zarzal, el Victoria y el Dovio, con muchachos (polos), que trabajan como sicarios para las mafias, y hacíamos comparaciones entre la vida de los “pájaros” y la de los sicarios de ahora (las poblaciones que más producen sicarios son las de la cordillera y el piedemonte del Valle). Hay elementos que se mantienen o son constantes, en una u otra violencia, la diferencia es que ahora hay más plata y mejores armas y carros. Yo pienso que los “pájaros” éramos más frenteros que los de ahora, que no saben muy bien por qué es que matan, nosotros teníamos un ideal, defender la supervivencia de los conservadores³⁴.

Los aportes de estos dos relatos nos remiten de nuevo a la utilización de la memoria individual y colectiva como fuente primaria para hacer historia en cierto tipo de comunidades o en acontecimientos que presentan escasas fuentes documentales escritas. Dichos relatos registran los gestos y las actitudes de lo cotidiano del ayer, de hombres y mujeres que vivieron la vida plena con sus

³³ Charlas y entrevistas con “Pecas”, Buga - Valle, julio de 1994.

³⁴ Charlas y entrevistas con “El Mono”, Roldanillo, Valle, mayo de 1990.

virtudes y defectos, son sus sueños y frustraciones en su lucha cotidiana por la existencia; estos relatos nos enfrentan otra vez a la discusión entre el papel que desempeñan los recuerdos individuales y colectivos en la construcción de la memoria histórica, a partir de los relatos, las narraciones y las experiencias recogidos por el historiador, como constructor de documentos históricos. Pero, no obstante su valor testimonial e histórico, es indudable su utilidad para la investigación social. Es mucho más plena cuando se puede contrastar con otras versiones o cuando claramente se presentan como versiones de situaciones vividas por hombres y mujeres que registraron en los recuerdos las versiones de la realidad que les tocó vivir.

Ya Walter Benjamin, en un magnífico ensayo que lleva por título *El narrador*, nos había dicho:

La experiencia que se transmite de boca en boca es la fuente de la que se han servido todos los narradores. Y los grandes entre los que registran historias por escrito son aquellos que menos se apartan de sus textos, del contar de los numerosos narradores anónimos. Por lo pronto estos últimos conforman dos grupos múltiplemente compenetrados. Así la figura del narrador adquiere su plena corporeidad sólo en aquel que encarna a ambas; “cuando alguien realiza un viaje puede contar algo”, reza el dicho popular, imaginando al narrador como alguien que viene de lejos. Pero con no menos placer se escucha a alguien que honestamente se ganó su sustento, sin abandonar su tierra de origen y conoce sus tradiciones e historias... La Edad Media, muy particularmente, instauró una compenetración en la constitución corporativa artesanal. El maestro sedentario y los aprendices trabajan juntos en el mismo taller, y todo maestro había sido trabajador migrante antes de establecerse en su lugar de origen o lejos de allí. Para el campesino o marino convertido en maestro patriarcal de la narración, la corporación había servido de escuela superior. En ella se aunaba la noticia de la lejanía, tal como la refería el que mucho ha viajado de retorno a casa, con la noticia del pasado que prefiere confiarse al sedentario (Benjamin, 1971).

El anterior análisis sobre la narración, con sus dos categorías de narradores, es apenas uno de los tantos aportes a tan compleja problemática que desarrollará mucho más en historias y relatos (Benjamin, 1991). Aquí Benjamin irrumpe como padre de los fragmentos breves y las narraciones cortas, tomadas de las historias narradas y contadas que, aun cuando nos resuelvan mucho de la naturaleza mental de los hombres y mujeres, siguen manteniendo mucho de los elementos velados y escondidos que no logramos recompensar al hacer memoria de nuestros recuerdos individuales y colectivos.

Vuelvo sobre el principio, en algunos de los relatos. Como puede apreciarse, estos pedazos de recuerdos perdidos en la bruma de los años, aun cuando incompletos, velados y con trozos perdidos o escondidos, se consti-

tuyen en la fuente actual de reconstrucción de un pasado vivido con dureza por unos hombres y mujeres que en su momento lucharon por salvaguardar su precaria existencia.

La narración y la entrevista como fuente de investigación histórica

Es indudable que la historia oral se enmarca dentro de una versión de historia popular, historia que pretende acercar los límites de la historia a la vida de las personas en los términos de R. Samuel (1984); es una historia que ha subordinado lo político a lo cultural y a lo social, una historia que se ha desarrollado básicamente al margen de las instituciones de enseñanza, y que ha tomado a la comunidad y a su oralidad como base para sus investigaciones y reivindicaciones. Es una historia que hace énfasis en el pueblo, en la cultura y en la vida cotidiana.

Tradicionalmente, la historia les ha dado mucho más peso a las fuentes escritas, desconociendo la potencialidad que las fuentes orales encierran. Es indudable que las fuentes orales son una rica veta para la investigación histórica hasta el punto de que hay sociedades, grupos étnicos y comunidades que por varias razones sólo cuentan con este recurso como único mecanismo para transmitir sus conocimientos, tradiciones y saberes, por lo que éstas se erigen en única fuente posible para reconstruir su pasado o para estudiar aspectos de la vida social, económica, política y cultural.

Pero la utilización de las fuentes orales como elemento de investigación histórica es mucho más antigua de lo que se piensa (sumarios judiciales, casos policiales y otras declaraciones son consignadas a partir de los relatos de un testigo); en nuestro país, la historia social y los estudios sobre la violencia con frecuencia han hecho uso de estos recursos. Sin embargo, por la ideologización y sobrevaloración que comúnmente las acompañan, por el populismo que ha invadido a muchos de dichos estudios, por el enfrentamiento entre populismo y academia, que subyace en muchas investigaciones de este tipo, por el exagerado énfasis dado a la experiencia vivida y por la manera como se han obtenido, tratado, utilizado y archivado las fuentes orales, sin parámetros claros, se plantea a la investigación histórica una serie de nuevos retos.

Como lo han demostrado Raymond Williams y Néstor García Canclini (1989), las llamadas culturas populares, las historias orales y las narraciones también están “impregnadas” de las contaminaciones ideológicas, y no son tan puras como algunos creen. De igual manera, Jerry White ha dicho que uno de los peligros de las fuentes orales es que en cierta medida encierran una visión

romántica del pasado y del presente. Yo agregaría que hay en muchos de los trabajos que recurren a este tipo de fuentes un exagerado y crítico “culto” al pueblo, como respuesta a las visiones heroicas y elitistas de las historias patrias. La afluencia de trabajos de todo tipo, que recurren sin ninguna criticidad a las fuentes orales, a mi modo de ver, caen en un “populismo peligroso”, en tanto que al esforzarse por ver al pueblo, sus líderes y protagonistas en sus acciones como triunfantes, sobredimensionan sus acciones y sus luchas, interpretando como revueltas y triunfos lo que es resistencia o contestación, lo que en últimas genera derrotismo y cansancio entre los mismos sectores sociales que se pretenden reivindicar.

Autores como Samuel, Thompson, Burke, Hall, White y Joutard³⁵, entre otros, han insistido en los múltiples problemas que presenta el uso de las fuentes orales. El que trabaja las fuentes orales es más militante que historiador; es un romántico que se encuentra al pueblo tal y como es, sin la pantalla de los libros; los archivos orales son provocados y construidos en muchos casos con preguntas que contienen las respuestas; no son lo mismo los espacios masculinos que los femeninos; no es lo mismo el relato para el paisano, o para con quien se tienen afinidades culturales, ideológicas, políticas, etc., que para con extraños; el sitio o el lugar de la entrevista o el relato tiene mucha más importancia que la que comúnmente se le asigna.

Como lo anota Joutard, hay que asumir en su totalidad la subjetividad de la constitución del documento:

Asumir la subjetividad quiere decir, en primer lugar, indicar claramente las condiciones de cada proyecto, o sea la perspectiva general buscada, la guía implícita o explícita de la entrevista, las circunstancias precisas de cada encuentro, preparación del informante, lugar de la grabación, participaciones secundarias, desarrollo e incidentes. Esta es la primera serie de informaciones que deberían figurar en la libreta de encuesta del historiador, y es una vez más una práctica tomada de la etnología. Esta libreta incluirá también todo lo que no se graba, gestos del interlocutor, ambiente, detalles significativos; por ejemplo, el caso de una historia de vida, fotos y papeles de familia mostrados por la persona, o en el caso de trabajo sobre el recuerdo de acontecimientos históricos, bibliotecas que se poseen sobre el problema tratado, diarios leídos... (Joutard, 1986: 303-304).

Ahora bien, no vamos a discutir aquí los problemas técnicos y las inhibiciones que generan en la persona entrevistada la grabadora, la cámara fotográfica o de video, o la postura frente a los que plantean que se debe usar solamente la libreta de apuntes, o tomar versión oral del relato para ser posteriormente contado. Con todo, lo que se observa a primera vista es que el trabajo con las fuentes

³⁵ Ellos se han movido más en el campo de la investigación de la historia popular.

orales presenta muchos más problemas, dudas, subjetividades y falsificaciones de las que comúnmente se aceptan.

En este sentido, vamos a plantear algunas preguntas y dudas relacionadas con la manera como se obtienen los relatos, las entrevistas y las narraciones, para problematizar sobre ellas:

1. ¿El narrador o entrevistado es “oficial”, es decir, es un narrador que se asume o es aceptado como tal frente a la comunidad o grupo, o es alguien que se ha escogido desprevenidamente y asume las veces de narrador o contador de historias o hechos?
2. ¿El que recoge las narraciones, o la versión oral, es directamente el investigador o la ha tomado de una tercera persona? ¿La narración ha sido grabada de viva voz o ha sido escrita a medida que era contada, sin cambiar en lo posible los modismos?
3. ¿Dónde quedará depositada la grabación o el escrito vivo de la narración para posteriores verificaciones?
4. ¿La narración va a ser utilizada como memoria viva, para escribir un libro o para contrastar con otras fuentes sobre determinado acontecer o suceso?
5. ¿El narrador vive en su medio o las historias contadas han sido captadas en otro lugar?
6. ¿El narrador ha contado infinidad de veces la historia que se quiere recoger?

De todas maneras hay algo paradójico en las narraciones, las entrevistas y las historias orales, pues la mayoría de las veces se hace el esfuerzo de lograr el relato o la narración de un acontecimiento o un suceso, para luego ponerlo por escrito desvirtuando el significado, el contexto, los gestos y los tonos de la voz del narrador, tornándolo un documento escrito mucho más convencional y frío.

La narración y el relato son útiles y necesarios a la investigación histórica, pero mucho más cuando pueden ser contrastados con otras fuentes, como los documentos escritos o las versiones orales. De cara a la narración histórica, la narración utiliza de manera muy imprecisa y ambigua las categorías de espacio y tiempo. Es fundamental diferenciar claramente, en las versiones orales, el momento de la construcción del documento (la entrevista) de la manera como se archiva la misma, y finalmente del momento de análisis y su utilización.

En las historias orales no puede perderse de vista que el narrador se mete continuamente en las historias e involucra sus vivencias, percepciones e ideologizaciones en el relato que cuenta. En tal sentido, Jotard ha dicho: “No llegaremos a cansarnos nunca de repetirlo; lo que la encuesta oral nos da antes que nada no son informaciones sobre los hechos, sino sobre las representaciones mentales” (Joutard, 1986).

Tampoco se puede perder de vista que la historia oral básicamente hace énfasis en lo local y regional, los pequeños detalles de la vida cotidiana, y pierde la perspectiva nacional e internacional, cayendo en cierta medida en un “primitivismo romántico”, que celebra lo natural, lo ingenuo y lo espontáneo.

En este sentido, es necesario llamar la atención de la manera como las versiones de la historia que se quieren construir para una comunidad y un pueblo se logran, en cierta medida, a partir de versiones de narraciones y relatos orales. Tal es el caso del libro *Memoria de tres encuentros*, en donde las versiones de la violencia del cincuenta en un lugar tan azotado como el Valle del Cauca, y pese a que uno de los encuentros (el de 1986) fue en plena “Violencia de limpieza del Valle”, dichos relatos no hacen referencia a estas expresiones de violencia y se quedan en las versiones oficiales y oficiosas de las mismas.

El manoseo de los relatos y las narraciones lo vemos en muchas versiones periodísticas y libros de entrevista, que descontextualizan los hechos y fabrican y falsifican las versiones originales de los narradores. La investigación y el trabajo con las comunidades no es patrimonio de nadie, pero no deja de sorprender que una serie de personajes (escritores, periodistas y cuenteros) anden ahora, sin ningún inventario crítico, sobrevalorando la “voz” del pueblo, contra las fuentes escritas, contra el academicismo y las llamadas historias de elite. Esa paupérrima forma de llamar la atención va en sentido contrario a las intenciones que conlleva la elaboración de un trabajo serio.

Bibliografía

- ARIÈS, P. “Le secret”, en *Essais de mémoire*. Paris, Seuil, 1993.
- BENJAMIN, WALTER. *Para un crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid, 1991.
- . *Historia y relatos*. Barcelona, Península, 1991.
- . “Le narrateur”, en *Mythe et Violence*. TI, Paris, Éditions Donoël, 1971.
- DUBET, F. *Sociologie de l'expérience*. Paris, Seuil, 1994.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, 1989.
- HALBWACHS, M. *La mémoire collective*. Paris, Puf, 1968.
- JOUTARD, P. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- SAMUEL, R. *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica, 1984.
- THOMPSON, E. P. *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981.
- . *Costumbres en común*. Londres, Merlín, 1991.
- . *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica, 1989.
- . *Tradicción, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica, 1980.